

EDITORIALES

Lecciones francesas

El paro de los transportistas en Francia solucionado el pasado viernes ha vuelto a demostrar que el mercado único europeo está lejos de ser una completa realidad. No es de recibo que un colectivo, por muy justas que sean sus reivindicaciones, pueda paralizar todas las rutas terrestres de otros países hacia el centro de Europa. Y cuando no los camioneros, han sido los agricultores los que, con mayor barbarie, han impedido el tránsito de las mercancías españolas.

Hay que reconocer que algo ha cambiado respecto a hace un año. El Gobierno francés se ha

implicado más a fondo en la solución del conflicto y, al menos, no se ha visto a los gendarmes como refuerzo de los piquetes. Y, a diferencia de entonces, la Unión Europea ha presionado seriamente a Francia. Pero algo más habrá que hacer para que el mercado único funcione como tal. La mayor parte de países avanzados legisla sobre servicios mínimos en casos de conflicto, lo que no ocurre en Francia ni, por supuesto, a nivel europeo. Quizás convenga abrir ese debate en frío, ya sin huelga, para que el año que viene no ocurra lo mismo.

Traductores

Durante esta semana México ha albergado por iniciativa pública un encuentro internacional de traductores literarios -el octavo de su género- que, al margen de sus sugerencias, debe tomarse como

una iniciativa digna de imitación. El celo de México en la defensa del idioma tiene obviamente mucho que ver con la amenaza constante de un vecino -el inglés americano- con un brutal poder de influencia. La iniciativa mueve a reflexión en España, porque nuestro país sufre hace tiempo una impune invasión no tanto del inglés -lógica compañía del progreso tecnológico- como de los calcos aportados por los malos traductores. No se trata de los traductores literarios, que en España son una abnegada e incluso exquisita minoría, sino de los traductores del mercado audiovisual. Hace ya tiempo que la Unión Europea perdió irremisiblemente la guerra de ese mercado con los Estados Unidos, pero es que España la ha perdido por partida doble. El inglés mal traducido de la inmensa mayoría de las películas y las series televisivas norteamericanas ha acabado creando una lengua española esquizoide pero de uso común. Sería urgente alguna iniciativa para poner coto a una colonización que es, por verbal, ideológica.

Arturo Barea

Acaba 1997 y con él, dada la actual política de aniversarios, una buena oportunidad para reeditar a bombo y platillo "La forja de un rebelde", la novela autobiográfica de Arturo Barea, nacido hace cien años en Badajoz y fallecido hace cuarenta en su exilio londinense.

Arturo Barea comenzó la redacción de su obra cuando aún sonaban los obuses en las ciudades españolas y la terminó, en difíciles condiciones económicas, cuando Hitler aún era el señor de Europa. Publicarla inicialmente en inglés, se convirtió en un éxito de ventas internacional, aunque para leerla en español hubo de esperarse a los años cincuenta, cuando fue difundida por Hispanoamérica.

El nombre y la obra de Arturo Barea parecen estar ya inevitablemente unidos a la República y a la Guerra Civil, pero al reivindicar aquéllos no es mi intención despertar éstas. Los que sólo hemos conocido la guerra civil por los dramáticos relatos de nuestros abuelos ya hemos dado un paso adelante para superar el exceso, inevitable exceso, de sentimientos, rencores y frustraciones personales que empañan la realidad de una contienda terrible que no debería haber ocurrido, y en la que, por encima de mis simpatías personales, se manifestaron a partes iguales los buenos y los bajos instintos en ambos bandos. Ahora, sesenta años después de aquel des-



MADRIGAL

propósito, se trata tan sólo de reivindicar una literatura popular y humanista que cultivaron Pérez Galdós o Blasco Ibáñez y que tuvo por epílogo las obras de Castelar o el mismo Arturo Barea, entre otros. Una tradición humanista y popular, realista, que, pese a la democracia, no ha encontrado una decidida continuación en España desde entonces; quizá por un miedo, comprensible, a reincidir en los errores.

Quizá este argumento político-cultural no convenga a nadie de la convenien-

cia de reeditar su obra, testimonio de una época y de una sensibilidad. Hay otro argumento: he visto a personas que al leer las peripecias de Arturito en el Madrid de los años diez lloraban de risa, esa cosa tan difícil de conseguir con un libro. El tercer ar-

gumento es económico: si lo publican, resérvenme un ejemplar; yo lo pago. Aunque sea sólo por uno de estos tres argumentos, señores y señoras editores..., por favor, reeditenlo.

JOSÉ MARZO
MADRID

FAX DIRECTO

Las Cartas de los Lectores no deberán sobrepasar la dimensión de 15 líneas, escritas a máquina, y es imprescindible que su autor envíe una fotocopia de su DNI. DIARIO 16 se reserva el derecho de resumirlas. Enviar por correo a la dirección del periódico o al número de fax (925) 25 21 31.

España, roja y negra

Dos veces obligado -a pesar de su larga Guerra, tan desesperada como indigna- a dimitir de su cargo en el Gobierno y en el PSOE... y todavía se declara víctima de "juicios políticos", todavía tiene seguidores en su partido, que dando Guerra se consideran más de izquierda que los demás. ¡Qué daltonismo, señores! Esa no es la España roja: esa España del esperpento es la España negra de siempre.

DAVID ZABALA CUEVAS
MADRID

¿Europa?



ANTONIO GÓMEZ RUFO

Desde que los adolescentes españoles saben lo que es Halloween, e incluso algunos lo celebran, se han acabado las esperanzas. Hasta entonces pensaba que Europa era algo más que un concepto, algo más que una mera abstracción. Ahora ya sé lo que somos: la tierra prometida, la colonia, las provincias. Y todo gracias a esa televisión por la que todo el mundo se pelea.

Recuerdo aquellos tiempos en los que Europa podía presumir de pasado y de futuro. Tiempos en los que se podía celebrar la noche de San Juan sin que los niños preguntasen a santo de qué venía tanta hoguera. Pero el sueño europeo acabó (en realidad hace un par de siglos que no existe) y ahora estamos construyendo una comunidad preparada a comer bazofia, beber cocacola y consumir cine norteamericano. De nada sirve izar una bandera azul llena de estrellas cuando las únicas estrellas que existen están en la bandera americana y en el índice de Wall Street. Me duele la ausencia de París.

Empezaron cambiándonos los Reyes Magos por Papa Noël y han terminado imponiéndonos Halloween. Dentro de poco celebraremos el 4 de julio como la fiesta del imperio. Y aún nos quedarán ganas de pagar en euros. Si nos vamos a rendir, como está visto, más valdría adoptar el dólar como moneda de cambio y que Clinton tuviese habitación reservada en el palacio de La Moncloa. Total...

CARTAS DE LOS LECTORES